La fragilidad de la canción

El cantautor uruguayo Daniel Viglietti habla de su música, de los colegas que influyeron en su personal estilo de cantar y de tocar y de su faceta de periodista de radio y prensa.

"El año pasado pude realizar una gira a nivel nacional que era un viejo deseo mío".

ANDRES TORRON

Después de un tiempo en que sus giras al exterior lo habían alejado en parte del público uruguayo, Daniel Viglietti ha estado tocando con continuidad en su país. Desde el jueves pasado está presentando un ciclo en el Espacio Guambia, que se extenderá hasta fin de mes.

"Lo que pasa aquí es muy raro", dice, cuando se le pregunta acerca de su ausencia de los escenarios montevideanos. "Es cierto que si uno no canta en un teatro del centro, es como si no cantara. Me ha pasado de ir caminando por la calle y que me digan: "¿Estás acá, cuándo cantás?". Y eso al otro día de haber estado en uno de los tantos actos de solidaridad en algún barrio. O haber cantado en un teatro, pero en un teatro del Cerro. Es como que eso no cuenta. No estoy cantando continuamente, pero nunca he dejado de cantar en público. Ocurre que además no siempre los medios difunden las actividades o en todo caso les dan muy poco espacio. No te hablo sólo de los medios más conservadores."

--Pero has estado más tiempo en Uruguay últimamente.

--Es cierto, el año pasado salí un poco menos al exterior. Pude realizar una gira a nivel nacional que era un viejo deseo mío. Ya a mi regreso del exilio, después de aquel 1º de

setiembre del 84, de aquel baño de esperanza que fue el recital en el Estadio Franzini, con Mauricio Ubal hicimos una gira amplia por el Interior. Fue muy lindo. Después seguí haciendo recitales puntuales aquí y allá en diferentes departamentos. El año pasado, ya trabajando con Elbia Fernández y Luis Trochón como organizadores, logramos llegar a casi todas las capitales. Otro tema es el de los festivales. Cuando me invitan la respuesta del público es realmente buena y sin embargo he estado una sola vez en el de Durazno, una vez en el de Juan Lacaze y, como única excepción, varias veces en el Festival del Olimar. Mucha gente me pregunta por qué no estuve en tal o cual festival. Yo le contesto que son cuestiones ajenas a mí, porque mis ganas de ir están ahí. Fijate, que desde que empecé a actuar en público a fines de los años cincuenta, en el Interior, en el Conjunto de guitarras "Lavalleja" que dirigía mi padre, ya me empezó a gustar actuar en el Interior.

--El año pasado encaraste una gira nacional. ¿cómo fue recorrer el país cantando?

--Fue realmente una experiencia muy fuerte. Me doy cuenta de que el haber vivido un tiempo en Minas me permite ahora respirar las cosas de otra manera cuando actúo en el Interior. Soy oriundo de Montevideo, aunque me crié en una zona en ese entonces semirrural: Sayago. Ya estaba en contacto con la naturaleza en aquella casa quinta en que vivió Delmira Agustini. Y después, viví de muchacho ese tiempo en Minas y conocí, pescando con mi padre, cuanto río o arroyo hay en muchas leguas a la redonda. Pero en lo musical para mí fue fundamental esa etapa. Tenía una barra de amigos músicos así, músicos espontáneos. Algunos eran alumnos de mi padre, pero otros eran autodidactas, guitarreros y cantores de gran talento: el Negro Julio Edison Ríos, el Manchao Velásquez, el Polaco --que cantaba unas guaranias preciosas--, Ruben Silveira que tenía un trémolo natural increíble y era obrero de vialidad en la carretera a Aiguá, el relojero Gavarret, algún cruce con Aladino Gómez. Todos minuanos. Eso, más la influencia de Yupanqui, de Falú. La danza, que practiqué con discos de los Hermanos Abalos. Y después, los diálogos con ese amigo inolvidable que fue Juan Capagorry. Y, claro, las investigaciones folclóricas de mi padre, su amor por lo anónimo, sus encuentros con viejos guitarreros de la campaña, su visión del hombre de campo. A mí todo eso me abrió un horizonte y no fue casual que cantara a los ríos, que cantara a los hombres y sus oficios con la letra de Juan. Todo eso marcó mi estilo y ayudó a la comunicación con el público del Interior que se me ha dado muy naturalmente. Espero retomar la experiencia de hacer giras. Allí hay una presencia de jóvenes que se ponen muchas veces a corear alguna de mis canciones como si fueran suyas. En un país donde todo eso estaba prohibido por la dictadura y donde los medios, la radio, la televisión aún hoy nos marginan --salvo honrosas excepciones-- que en el festival de Durazno o en el de Treinta y Tres la gente coree "A desalambrar", es algo que significa mucho, pienso.

--¿Se notan las diferencias entre los públicos de distintas zonas del país?

--Es un buen tema este de las diferencias. Hay lugares donde hay una memoria mía previa, como te contaba en el caso de Minas. O en Fray Bentos, adonde en esta gira invité a mi madre, Lyda Indart, la pianista, y a mi tía, que son nacidas ahí. Canté en el teatro Young del que era administrador mi abuelo. Cuando voy a lugares donde no hay una relación así, sin embargo encuentro ecos de visitas anteriores, pequeñas historias de aquellos recitales cuando iba enviado por el Sodre, antes de que me prohibieran, hacia finales de los sesenta. Y está la presencia de los jóvenes, hijos de una memoria. Vienen a oír qué es ese cancionero y aunque tengan sus preferencias generacionales, descubren

otras cosas nuevas para ellos. También es importante llegar no sólo a las capitales. Cantar en el pueblo del Tala o en Santa Lucía o en Solís de Mataojo o en Young o en Castillos, en fin. En esta gira encontré a una gente en el Interior que, pese a la crisis que es muy seria, a las tremendas dificultades que enfrentan, mantienen un espíritu de compañerismo, de complicidad en ciertos ideales nuestros, de solidaridad, muy fuertes. No hubo recital en la gira donde el público no terminara coreando. Hay una memoria de lo que simbolizan ciertas canciones, de lo que está detrás de ellas, de lo que hay detrás del cantor.

--Junto a otros músicos, fuiste en los años sesenta, el responsable de buscar una música que recurriera al folclore uruguayo, diferenciándose del argentino. ¿Pensás que luego de esa generación se continuó ese trabajo por parte de colegas más jóvenes?

--Yo creo que Carlos Molina, Ruben Lena, Aníbal Sampayo, Osiris Rodríguez, entre otros, son etapas muy importantes de esa actitud de rescate de nuestra música, que a ellos les venía de atrás también, de los viejos cantores anónimos. La influencia de la música argentina nos empujó a oír nuestras propias raíces, a poner el oído en nuestra tierra. A esa actitud nos iríamos sumando gradualmente Los Olimareños y yo, Zitarrosa, Carbajal, Numa y muchos otros, la lista es larga. Creo que la generación posterior a la nuestra, la generación Lazaroff, como a mí me gusta llamarla, ha mantenido ese rumbo, pero ya más ligada al área urbana, a la murga, al candombe. O a lenguajes muy originales como en el caso de Leo Maslíah. Siempre trato de oír en lo posible a quienes siguen revitalizando nuestra música, con sus diferentes estilos y propuestas. Y no son pocos, afortunadamente.

--Fuiste uno de los exponentes más notorios de la llamada canción protesta de los años sesenta y setenta. ¿Seguís pensando que la música sigue siendo un vehículo apropiado para denunciar situaciones y difundir una ideología política?

--Sigo pensando que la música es un vehículo apropiado para ser oído, ni más ni menos. Que la canción, cómo decir... cuando ama, cuando sueña, cuando critica, cuando imagina, tiene que ser audaz y clara al mismo tiempo. Lo de "protesta", "lucha", son etiquetas que no elegimos nosotros. En aquellos tiempos la realidad reclamaba decir, opinar.

--¿Las cosas que hay que denunciar siguen siendo las mismas que antes?

--Ahora las luchas no son las mismas, se han sumado otras. A la lucha contra la injusticia hay que sumar la lucha contra la impunidad, por ejemplo. La impunidad es algo terrible. Que gentes que torturaron e hicieron desaparecer a tantos seres humanos no hayan sido todavía juzgadas. Que se permitan pedir protección. Es algo más que el mundo al revés. Es la infamia acomodando el cuerpo para escapar a la justicia. La democracia, con las limitaciones que tiene esta democracia nuestra, tendría que enfrentar a la impunidad con las herramientas legales, antes de que sea tarde. Y así como en materia de música tratamos de oír a las nuevas generaciones, en materia de derechos humanos siento que podemos seguir aprendiendo del grupo HIJOS, por ejemplo, que tanto ha aportado en la lucha por los desaparecidos y en contra de esa impunidad que --insisto-- es muy grave.

--¿Por qué tanto tiempo sin editar disco nuevo?

--Siempre fui medio rumiante en esto de los discos. Me da mucho trabajo llegar a hacer un conjunto de canciones que me parezcan dignas de circular. En realidad, también es cierto que es como que uno siempre está componiendo. Respirando a los otros, leyendo a otros seres, aprendiendo de tanta gente valiosa que hay en este país, gente que no se ha entregado. Gente que sigue teniendo confianza en el ser humano, que no acepta quedarse encerrado en el ombligo frente a un televisor mentiroso. Siempre tengo apuntes con proyectos de canciones. A veces pasan años y vuelvo a retomar tal texto, tal melodía y de pronto quedo flechado y nace una canción que parecía olvidada. O se renueva aquel apunte o da camino a otra idea. O sea que el nuevo disco viene, como diría Benedetti "lento, pero viene". Todavía no tiene nombre, pero seguiré adelantando algunas de esas nuevas composiciones en mis actuaciones. Por ejemplo, ahora en el Espacio Guambia, un lugar bienvenido para nuestra música, donde estaré dos jueves más en abril. Será antes de irme de gira a Europa, adonde hace cerca de dos años que no voy. Reencontraré amigos, compañeros, a mi hija Trilce que vive allá. En esta etapa más sedentaria, sin embargo he hecho algunos viajes. Pero más en América Latina, que era también un viejo deseo mío que quiero seguir desarrollando. Estuve en San Salvador, en un homenaje a Monseñor Romero. Allá descubrí una de mis canciones en versión rock, por un grupo que se llama "Exceso de equipaje", como acá hay la versión rock de "El Chueco Maciel" por Tabaré Rivero.

--¿Tus ganas de hacer música se siguen manteniendo intactas con el paso del tiempo?

--Tengo ganas de hacer música, pero también ganas de escribir y apenas salga el disco me meteré en eso. Siempre me sentí como pez en el agua haciendo música o escribiendo. Me gustan ambas cosas. Y otras. Pero eso lo dejamos para otro día.

--¿Y cambian las motivaciones?

--Cambian, claro. De proyectos hubo que pasar a cicatrices y ahora otra vez a los almácigos. Claro que los programas de radio me quitan tiempo. Cada programa me lleva varias horas. La tarea continúa. Vengo de cantar en Rio de Janeiro para la Semana de la Reforma Agraria, junto a Los sin Tierra. Allí en Rio pude entrevistar al legendario cantautor y pintor bahiano Dorival Caymmi.

-- En tu faceta de comunicador y periodista has hecho una gran labor de difusión cultural, ¿es eso lo que te motiva a tener tu programa de radio y a escribir notas?

--Sí, aunque pienso que lo principal que puedo comunicar está en mis canciones. Siento eso, por ponerte un ejemplo, cuando descubro cómo alguna de ellas ha llegado a ser bastante conocida en Noruega, en la traducción de Lars Klevstrand, o en Suecia, por Jan Hammarlund, quien pasó por aquí hace poco y cantó conmigo en El Galpón. O cuando descubro una versión salsa bailable de "A desalambrar" en Puerto Rico, por Franferrer, o una versión coreada por el público en las Islas Filipinas, en lengua aborigen. Eso me estimula y me impulsa a seguir. Bueno, es una tarea compleja. Uno se nutre del cada día, de situarse frente a tantas urgencias: ahora esta campaña contra Cuba, la guerra contra los palestinos, el Plan Colombia, este golpe de Estado en Venezuela, en fin, a todo lo que va ocurriendo alrededor de uno, acá en el Uruguay cotidiano. Y todavía lo

que pasa en el Interior de uno mismo. Resulta bien difícil estar a la altura de lo que uno canta: el ejemplo del Che, el de Soledad, el de Camilo... Somos aprendices de tantas luchas...A la vez, yo siento que soy un ser con contradicciones y a veces mi única certeza puede ser la duda. Tengo miedos, tengo corajes, sístoles, diástoles, luz, sombra, sonido, silencio. Y tengo la canción, que es frágil, que no cambia nada ni a nadie. Pero que es como el amor, como la pasión de vivir en libertad. Sin todo eso y sin la canción, la vida no sería vida.

Volviendo a tu pregunta, pienso que lo de la radio son células del mismo cuerpo. Un trabajo cultural que a veces pasa también por la escritura, cuando me siento cómodo con los espacios, como me ocurría en la época del semanario Marcha. El programa Tímpano es también una suerte de taller donde exploro gentes, músicas, que de otro modo no abordaría por falta de tiempo. Ya llevo más de 300 programas en El Espectador, es una experiencia que me da nuevas energías. Tímpano está saliendo también desde hace un año en una FM de París en versión original, para el público latino. Y hay proyectos en otros países. Pero lo más urgente para mí es el tiempo, eso es lo que me falta. Por ejemplo, a mí me gustaría hacer cine, soy un apasionado del cine. He pensado también en la televisión que es un medio en sí notable. Quizá por eso, mientras sueño esas cosas, en realidad sigo haciendo canciones en que tantos sentimientos y seres se unen, como si nadie pudiera hacerlos desaparecer. Y entonces siento que todo eso vive en una casa, dentro mío. La casa roja de mi corazón, como digo en una canción. Esa a la que entró la Tota Quinteros, a la que entró Sara Méndez, y que ahora supo palpitar por Simón. *

"Ojalá las sillas no aten los cambios"

--¿Seguís escuchando nuevos músicos?, ¿estás al tanto de lo que se hace actualmente?

--A pesar de todo lo que oigo, no siempre puedo estar al día de lo que me hacen llegar como material. Pero siento que la música popular uruguaya tiene una dinámica en que las ausencias tienen relevo. Lo percibo en muchos terrenos, incluso en el de la murga, un género que me gusta mucho. Hay talento, mucho talento en este país. El drama es la gente que se nos va. Ojalá podamos cambiar en algo a este país. Ojalá las sillas no aten los cambios. Ojalá, como dije alguna vez por ahí, la izquierda no se mude al centro.

--¿Qué opinás de la revolución que ha significado la tecnología en la música? ¿Puede servir para una democratización en el acceso y en la distribución de la música o es un espejismo?

--El avance técnico es positivo. El problema es el cómo adquirirlo, para qué emplearlo y con qué proyecto en el alma. Puede servir todo eso para democratizar la música, pero también sabemos cómo puede ser manejado de modo intolerante y volverse un instrumento de explotación, ¿verdad? Yo de a poco voy utilizando algunos de esos medios. Sin embargo, aún no he encontrado una guitarra acústica que enchufada suene como debe sonar de acuerdo a mi estilo.*

Influencias

--Cuando pudimos entrar en contacto con tu obra, posterior al exilio, me pareció que mucha gente a la que tú habías influenciado como Los que iban Cantando o Ruben Olivera, también te habían influenciado a ti. ¿Reconocés la influencia de gente como Jorge Lazaroff en tu música?

--Claro que hay influencias de ida y vuelta, más de una vez lo he dicho. También hay corrientes comunes que nos influyeron. Si se comparan materiales de Leo o del Choncho Lazaroff con algo mío, no hay que olvidar que los tres hemos frecuentado, por ejemplo, música de Stravinsky o de Bartok o de Yupanqui o de Bola de Nieve. Cada uno en su biografía y con sus maestros. Para mí, desde el entorno familiar y con Rapat y Carlevaro. A ellos, sé que los influyeron, entre otros, sus maestros Coriún Aharonián y Graciela Paraskevaídis. Y claro que siento afinidad con Lazaroff, sin duda. Pero son muchos los nombres de esa etapa que podríamos llamar "los que iban cantando a redoblar": Rubén Olivera, Mariana Ingold, Fernando Cabrera, Mauricio Ubal, Jorge Bonaldi, Luis Trochón, Carlos da Silveira, Jorge Di Pólito, y en el área de los dúos con influencia más rural, logrando diferenciarse de los formidables Olimareños: Los Eduardos que darán paso a Larbanois-Carrero, Los Zucará, y algunos más. *